

Transformaciones estructurales de la esfera pública

John Keane

Genealogía

EL TÉRMINO “ESFERA PÚBLICA” es uno de los más populares en los estudios contemporáneos sobre los medios de comunicación y la política. De hecho, ha llegado a formar una parte tan intrínseca de su vocabulario que, por lo general, la genealogía del término suele pasarse por alto. De manera general, en los tiempos modernos el proceso de invención, refinamiento y popularización de este concepto y de otros términos “asociados” a él, tales como opinión pública, vida pública y bienes públicos, ha pasado por tres fases históricas que se traslapan. Resulta imprescindible recordar esta genealogía, pues comprender la historia de dichos conceptos nos permite apreciar más profundamente sus múltiples significados, su utilidad empírica y su potencial normativo, así como las trampas políticas en las que se puede caer al emplear términos acuñados en los inicios de la era moderna, como el de “la esfera pública”, en el tan diferente contexto de finales del siglo xx.

1) El predominio, en la época moderna, del concepto de esfera pública estuvo inicialmente vinculado a la lucha contra los Estados despóticos de la región europea. Términos tales como “el público”, “virtud pública” y “opinión pública” eran un arma que se esgrimía en favor de la “libertad de prensa” y otras libertades públicas. El hecho de hablar de “el público” era un acto dirigido en contra de los monarcas y sus cortes acusados de actuar con arbitrariedad, de abusar de su poder y de perseguir sus intereses “privados” y egoístas, en detrimento del reino. Durante los siglos xvii y xviii, el ideal normativo de la esfera pública —un ámbito de la vida en el cual los ciudadanos inventaban sus identidades bajo la sombra del poder estatal— fue un tema central de la política

republicana de las clases medias. Ciertos republicanos, como los “Hombres de la Commonwealth”, volvían simultáneamente la mirada a la pasada república romana (y en ocasiones a la *polis* griega) y a un mundo futuro en el que no habría un poder ejecutivo mal intencionado, ejércitos en guardia permanente y clericalismo.¹ Los republicanos criticaban ferozmente el hecho de que el absolutismo indujera a sus súbditos a la apatía, fomentara el conformismo frente a la religión y las argucias estatales, y corrompiera a tal grado a los gobernantes que, como lo observó Molesworth en su censura del absolutismo danés, que incluso los relojes de la ciudad de Copenhage campañaban al unísono con los de palacio. Consecuentemente, los republicanos subrayaban la importancia de cultivar la virtud y el espíritu públicos, y anhelaban que las políticas existentes fueran radicalmente reformadas, mediante el derecho a la libre expresión de los ciudadanos y de recursos constitucionales que permitieran garantizar el imperio de la ley, un gobierno mixto y libertad respecto de “partidos” y “facciones”, especialmente de aquellas que fomentaban disensiones internas y los designios “privados” de los monarcas, ministros y ambiciosos hombres acaudalados.

2) Con el creciente poder y dinamismo de las economías capitalistas modernas, el ideal de la esfera pública empezó a ser utilizado principalmente para atacar la garra monopólica de la producción y el consumo de bienes, sobre áreas de la vida que se consideraba debían ser protegidas de la especulación sobre pérdidas y ganancias racionalmente calculadas. En mi libro *Public life and late capitalism* (1984), seguí el rastro de la creciente inquietud que imperó en el pensamiento político alemán del siglo xx, especialmente después de la muerte de Max Weber, por definir y proteger a la esfera pública del poder expansivo del capitalismo organizado, las agencias publicitarias y otros organismos profesionales dedicados a dividir a la “opinión pública” y hacerla hablar en su favor. La obra *Kritik der öffentlichen Meinung* (1922), de Ferdinand Tönnies, señalaba los peligros que implicaba el deificar a la opinión pública en una era en que los intereses organizados, especialmente la prensa capitalista, sacaban ventaja de su manipulación. Por su parte, Karl Jaspers destacaba el valor de la “comunicación ilimitada” en una

¹ Caroline Robbins, *The Eighteenth-Century Commonwealthmen: Studies in the Transmission, Development and Circumstances of English Liberal Thought from the Restoration of Charles II Until the War with the Thirteen Colonies*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1959.

época marcada por el cálculo racionalista y mercantilista, mientras que Hannah Arendt, en su volumen *Vita Activa* (1958), lamentaba que en los tiempos modernos se hubiera perdido la vida pública, entendida ésta como la capacidad de los ciudadanos para hablar e interactuar con el propósito de definir y redefinir cómo desean que sea su vida en común. En opinión de Arendt, en la época moderna tal interacción pública ha sido gradualmente corroída por el ácido del consumismo, el cual se ha infiltrado en una sociedad de trabajadores que ignoran la dicha y libertad que resulta de comunicarse públicamente sobre asuntos que tienen una importancia pública. El libro de Jürgen Habermas, *Strukturwandel der Öffentlichkeit* (1962), redefinió y amplió esa tesis pesimista, al trazar el surgimiento, en los primeros tiempos de la Europa moderna, de una esfera pública burguesa y la consecuente “sustitución de un público lector que debatía críticamente sobre asuntos de cultura, por la masa pública de consumidores de cultura”. Todas estas interpretaciones de la vida pública tienen en común el hecho de insistir en que las economías que se estructuran en los bienes de consumo fomentan el egoísmo moral y el desinterés por el bien público; incrementan el tiempo que los ciudadanos están compulsivamente atados a un trabajo pagado, lo que les hace difícil involucrarse como ciudadanos en la vida pública, y promueven la ignorancia y el engaño mediante la manipulación que ejercen los medios de comunicación en su provecho.

3) Las primeras dos fases de la definición y defensa de la esfera pública resaltaban, respectivamente, los singulares problemas modernos del poder estatal territorialmente definido, sobre el cual los ciudadanos no tienen injerencia alguna, así como el egoísmo con sesgo empresarial del capitalismo de mercado organizado. Durante la tercera y más reciente fase en que se ha utilizado el concepto de esfera pública, estos dos problemas gemelos, característicos de las sociedades modernas, se enfatizan simultáneamente, y el ideal de esfera pública es vinculado con la institución de la radiodifusión de servicio público, la cual se considera que tiene una afinidad electiva con la vida pública y constituye la mejor garantía para la supervivencia de ésta, en una era de capitalismo consumista y organizado por el Estado.

La “Escuela de Westminster” de Nicholas Garnham, Paddy Scannell y otros investigadores es, sin duda, la que más ha contribuido al proceso de invención, redefinición y popularización de esta tercera versión de la teoría de la esfera pública. Entre sus aportaciones más relevantes se encuentran varios ensayos de Nicholas Garnham, quien plantea la tesis de que el debate sobre las políticas de la radiodifusión se ha mantenido hasta ahora en un ámbito muy estrecho, entre la dualidad Esta-

do-mercado.² Tomando prestado en forma explícita un concepto de Habermas (quien, curiosamente, ignoraba el modelo de radiodifusión de servicio público), Garnham propone un tercer término, “la esfera pública”, con el propósito analítico-empírico y normativo de identificar un “espacio para una política racional y universalista, ajena tanto a la economía como al Estado”. Garnham insiste en que el mejor garante de tal política es el modelo de radiodifusión de servicio público, el cual estaría diseñado para mediar y hacer contrapeso al poder estatal y corporativo, lo que efectivamente lograría dado que no está constreñido por los imperativos de maximización ni del poder político ni de las ganancias. Si bien Garnham admite que la práctica real de la radiodifusión de servicio público es una realización imperfecta del ideal habermasiano de una esfera pública de ciudadanos que deliberan, el autor defiende con firmeza su superioridad “respecto del mercado, como un recurso que proporciona a todos los ciudadanos, cualesquiera sea su situación económica o geográfica, un acceso igual a una amplia gama de entretenimientos, información y educación de alta calidad, y como un medio para garantizar que el objetivo del productor de la programación sea satisfacer a todo un mosaico de gustos diversos y no sólo a aquellos que producen las mayores ganancias”. Los medios de comunicación mercantilistas, insiste Garnham, son enemigos de la vida pública. A diferencia de la radiodifusión de servicio público, los medios de comunicación mercantilistas reducen el espectro de lo que se puede decir públicamente y el número de empresas que controlan (o determinan en gran medida) la producción y circulación de la información y la cultura; generan relaciones desiguales de poder entre las empresas dominantes y metropolitanas y las culturas e identidades subordinadas y periféricas; y estas desigualdades producidas por el mercado refuerzan, a su vez, las muy arraigadas iniquidades sociales, que el futuro cambio tecnológico mercantilizado en el campo de las comunicaciones casi de seguro profundizará aún más, a menos que la radiodifusión de servicio público sea protegida por medio de fondos garantizados, provenientes de los impuestos.

² Nicholas Garnham, “The Media and the Public Sphere” y “Public Service versus the Market”, en *Capitalism and Communication: Global Culture and the Economics of Information*, Londres, Sage, 1990, pp. 104-114 y 115-135. Del mismo autor, “The Media and the Public Sphere”, en Craig Calhoun (comp.), *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge, Mass. y Londres, 1992, pp. 359-376.

El ocaso de la radiodifusión de servicio público

La defensa propuesta de la esfera pública mediante medios de comunicación de servicio público apunta con precisión a las limitaciones de la retórica y la práctica mercantil. Más aún, constituye una importante contribución a la tarea de clarificar y amplificar las inquietudes públicas en relación con el futuro que tendrán los medios electrónicos en las antiguas democracias de países tales como Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos. Asimismo, tal defensa de la vida pública sirve como recordatorio vital de los importantes logros prácticos que han alcanzado los medios de comunicación de servicio público. El proyecto del siglo xx de ofrecer un servicio de programación variada y accesible a todos los ciudadanos a través de los canales de radio y televisión nacionales, proyecto que con frecuencia ha enfrentado graves problemas técnicos y limitaciones financieras apremiantes —como lo han afirmado Garnham y muchos otros estudiosos—, ha mantenido vivo el espíritu público y ha ampliado los horizontes de la conciencia de los ciudadanos sobre el mundo. Durante medio siglo, la “provisión de servicios básicos” (*Grundversorgung*, como lo expresa el Tribunal Federal Constitucional alemán) contribuyó a *desproductizar* los medios electrónicos, al aminorar el peso de las consideraciones presupuestales y de la codicia empresarial como elementos principales en la administración de los medios. Asimismo, el modelo de servicio público obligó a que se aplicaran reglas nacionales específicas relativas a asuntos tales como la cantidad y el tipo de publicidad presentada, el acceso político, una transmisión “equilibrada” de noticias y dosis determinadas de programación extranjera. Durante algún tiempo el modelo permitió proteger los niveles de empleo en las industrias de radiodifusión nacionales de países tales como Canadá, los Países Bajos, Noruega, Gran Bretaña y la República Federal Alemana. El modelo de servicio público —en parte como respuesta a los desafíos planteados por los medios “sensacionalistas” y mercantilistas— también legitimó la presencia de ciudadanos comunes en programas que abordaban asuntos polémicos. Contribuyó a dar respetabilidad a los estilos vernáculos, al divulgar los placeres de la ordinariedad y crear entretenimiento haciendo que los ciudadanos participaran en juegos, hablaran de sus experiencias privadas o se interesaran en actividades tan dispares como partidos de tenis, competencias de esquí o ceremonias religiosas, y bailaran al ritmo del rap, rock o reggae.

Pero si bien estos logros del modelo de servicio público son impresionantes, la afirmación de que los medios de servicio público constituyen un baluarte de la esfera pública contiene en sí misma serios problemas. Por razones de espacio omitiré expresar mi opinión sobre las

debilidades evidentes en la tentativa de Garnham por hacer una síntesis entre un ideal nacido en los siglos xvii y xviii y la singular práctica de la radiodifusión electrónica del siglo xx. Asimismo, ignoraré deliberadamente otros tantos problemas que presenta el recuento de Garnham, tales como su silencio respecto al surgimiento y la supervivencia de la controversia pública *dentro* del sector mercantilista de los medios impresos y de radio y televisión, o bien la duda sobre si, cuando habla de una “política racional y universalista”, se refiere al objetivo perseguido o a la práctica real de la radiodifusión de servicio público en su auge. En lugar de ello me concentraré por un momento en las dificultades cada día más grandes que enfrenta la radiodifusión de servicio público contemporánea y, por lo tanto, en la peligrosa estrategia que intenta relacionar la fortuna del ideal de la esfera pública y el de una institución enferma.

Actualmente el modelo de servicio público está amenazado por una crisis de largo plazo y el *statu quo* ha empezado a dejar de ser una opción. Los medios de servicio público en Europa y el resto del mundo están experimentando una profunda crisis de identidad, crisis que ha acechado desde el principio a los medios de servicio público estadounidenses, los cuales han tenido que encarar una constante inseguridad respecto de sus bases financieras, su estatuto legal y su papel público. Aunada a una gran incertidumbre en cuanto a sus fuentes de financiamiento y el alcance y naturaleza de su papel político actual, los medios de servicio público europeos están enfrentando un problema político todavía mayor, que se evidencia en todas las antiguas democracias, el cual consiste en que los partidos políticos, las asociaciones de profesionales, los sindicatos, las iglesias y demás medios que sirven para definir, proyectar y re-presentar la opinión de los ciudadanos a los formuladores de políticas, están perdiendo vitalidad o bien generando nuevos debates en torno a su propio grado de “representatividad”. Tales controversias sobre cuál es la mejor manera de representar públicamente la opinión de los ciudadanos son sintomáticas de que la revolución democrática moderna está dando un paso hacia arriba, lo que Tocqueville fue el primero en señalar. Contrariamente a las predicciones de muchos observadores occidentales, la derrota del imperio soviético, el principal enemigo de la democracia parlamentaria, no ha provocado arranques espontáneos de aplausos autocomplacientes en las antiguas democracias, sino fuertes cuestionamientos sobre la legitimidad y eficacia de los procedimientos atrincherados en la democracia liberal.

El malestar contemporáneo de la radiodifusión de servicio público tiene varias causas muy arraigadas, tres de las cuales se refieren directamente a la teoría de la esfera pública:

1. *Estrechez financiera*

Actualmente las bases financieras de la radiodifusión de servicio público en la región europea están derrumbándose. Como lo han demostrado Nowak, Blumler y otros, los incrementos de los ingresos por el otorgamiento de derechos de licencia, que durante gran parte del periodo de la posguerra resultaron de la propagación constante entre la sociedad civil con televisores en blanco y negro y, más tarde, en color, sufrieron una estrepitosa caída durante la década de los setenta.³ Con la saturación de los hogares de televisores y radios, el inicio de la inflación, los consecuentes aumentos exorbitantes de los costos de producción de la programación y los recortes gubernamentales, los ingresos por el otorgamiento de derechos de licencia empezaron a disminuir en términos reales, como en el caso de Suecia, en donde se redujeron 30% entre 1972-1973 y 1983-1984. Por una parte, tal estrechez económica anuló la posibilidad de que el servicio público pudiera dar una vigorosa respuesta contra aquellos críticos que estaban en favor de la “desregulación” y para quienes la competencia de mercado y una mayor publicidad constituyen la condición clave para la libertad de prensa y de radiodifusión, entendida ésta como la libertad de los radiodifusores privados respecto de la injerencia estatal. La prolongada estrechez económica también impidió que los radiodifusores de servicio público pudieran participar de lleno en la actual revolución tecnológica, salvo por unos cuantos casos aislados, tales como las modestas iniciativas de teletexto o de servicios satelitales operados por la BBC y las emisoras alemanas ARD y ZDF. Consecuentemente, la mayoría de las iniciativas pioneras en el campo de las comunicaciones se dejaron en manos de los empresarios privados nacionales e internacionales, uno de cuyos ejemplos fue la incapacidad de la BSB —la operación satelital británica a la que la Independent Broadcasting Authority otorgó licencia para operar como un servicio público— para sobrevivir a la feroz competencia financiera con la Skytelevision de Rupert Murdoch. Finalmente, la prolongada estrechez financiera de los radiodifusores de servicio público los ha obligado a firmar más convenios de coproducción, a privatizar o subcontratar algunas partes de sus instalaciones de programación y producción, a participar en empresas de comercialización internacional y, en términos

³ Kjell Nowak, “Television in Sweden 1986: Position and Prospects”, en Jay G. Blumler y T. J. Nossiter (comps.), *Broadcasting Finance in Transition: A Comparative Handbook*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1991, pp. 235-259.

generales, a hablar el mismo idioma que los ejecutivos ávidos de ganancias. Es evidente que tales tendencias hacia la “autocomercialización” debilitan la legitimidad del modelo de servicio público, al desdibujar la singularidad de su programación y dar fuerza a los promotores de la desregulación en su cruzada para marginar a los medios públicos.

2. Problemas de legitimidad

Los radiodifusores de servicio público podrían, en principio, ejercer su opción de lanzar una campaña pública para renovar el atractivo de sus actividades, pero en la práctica estos contraataques tienden a ser paralizados por un creciente problema de legitimidad. Por lo general, los defensores del modelo existente de servicio público suelen desdeñar el hecho de que ciertas audiencias consideran que los estándares de “equilibrio” y “calidad”, así como el universalismo de los medios de servicio público no son “representativos”. Por su parte, los radiodifusores de servicio público perciben que el repertorio de programas transmitidos a través de los medios de servicio público existentes no pueden satisfacer a la multitud de opiniones de una sociedad compleja (si bien no totalmente pluralista) y en constante movimiento. En otras palabras, tanto audiencias como emisores sienten que el reclamo de representatividad del servicio público es, de hecho, una defensa de la representación *virtual* de un todo ficticio, un recurso para programar aquello que *simula* las opiniones y gustos reales de *algunos* de aquellos a quienes se dirige.

El desarrollo de la programación musical en las radioemisoras de servicio público puede ilustrar este problema de legitimidad. Si bien, por obvias razones, la música siempre ha ocupado la mayor parte del tiempo de la radio, se ha apreciado que a las radioemisoras de servicio público les resulta imposible, en el largo plazo, ofrecer una programación que sea del gusto general, dado que no existe un solo país en el que haya habido en el pasado una cultura musical nacional y, ciertamente, tampoco la hay en el presente. Lo que se hace es atraer musicalmente de diferentes formas a diversos tipos de público, cuyos disgustos son a menudo tan fuertes como sus gustos, y es por ello que la historia de la radio de servicio público en el siglo xx ha sido la historia de la aceptación gradual de que las audiencias masivas se encuentran fragmentadas en públicos con gustos diversos. Las tendencias en el mundo de la música ilustran el punto central: tal modelo de servicio público encorseta a sus audiencias y viola regularmente su propio principio de igualdad de acceso para todos al entretenimiento, las noticias de actualidad y la programación cultural en un ámbito público común. Y el corsete se aprieta aún más por el hecho de que ciertas audiencias consideran

que la representación que hace el servicio público de temas tales como la vida doméstica, la sexualidad y la disidencia política es demasiado tímida, lo cual es debido a presiones por parte del gobierno, al temor a ser objeto de demandas legales y al compromiso de “equilibrar” la programación. La gente suele pensar que los medios de servicio público no pueden transmitir ciertos asuntos, o bien, no de una manera particular; o que cuando éstos se transmiten, sus aspectos polémicos o escandalosos son acallados. Y la opinión de que los medios de servicio público tienden a ser “parciales” se refuerza todavía más por el hecho de que éstos —en lo que no difieren mucho de sus competidores comerciales— distribuyen de manera desigual los permisos para hablar y para ser escuchados y vistos. Asimismo, integran repartos de individuos —presentadores, reporteros, especialistas académicos, profesionales, políticos, empresarios, figuras del mundo del espectáculo— cuya aparición regular en los medios les permiten actuar como representantes acreditados de la experiencia pública. Así, el resultado conjunto de estos efectos de encorsetamiento es disminuir la legitimidad de los medios de servicio público. El público entonces tiende a volverse inquieto y, como es sabido por los radiodifusores, gradualmente pierde su estatus “ontológico”, al hacerse menos predecible en sus gustos y más receptivo hacia las formas comerciales de los medios de comunicación.⁴

3. *Cambios tecnológicos*

La tercera dificultad que enfrenta el modelo de servicio público —el advenimiento de la televisión por cable y vía satélite, la radio comunitaria, las redes computarizadas— es, sin duda, la más grave, dado que con ella se invalida el argumento tradicional de que es la escasez de recursos disponibles lo que hace que la radiodifusión de servicio público sea catalogada como “monopolio natural”, contenido dentro de las fronteras de un determinado Estado-nación. Los cambios tecnológicos contemporáneos no implican solamente que la radiodifusión de servicio público haya quedado acorralada y se le haya obligado a competir con empresas de propiedad privada, dentro de un entorno de multicanales, sino también, en forma menos obvia, éstos han hecho surgir la metáfora espacial profundamente codificada en el modelo del sector público, según la cual los ciudadanos que se desenvuelven dentro de una esfera pública integrada pertenecen con pleno derecho a un territorio

⁴ Ien Ang, *Desperately Seeking the Audience*, Londres, Routledge, 1991.

claramente delimitado, que es vigilado por el Estado-nación soberano, el cual a su vez está ubicado dentro de un sistema más amplio y comprensivo de Estados territorialmente definidos.

La premisa de que los medios de servicio público actúan como súbditos y garantes de Estados-nación territorialmente delimitados, preservó intacta una metáfora geográfica similar, inherente a los sistemas nacionalmente demarcados del periodismo impreso (como lo demostró el estudio de Benedict Anderson sobre el capitalismo impreso y los Estados-nación).⁵ Sin embargo, tal metáfora tuvo que ser defendida políticamente durante la primera infancia de la radiodifusión, como se evidenció no sólo en la lucha mundial del fascismo europeo y el comunismo soviético por tallar la radio y la cinematografía a imagen y semejanza de sus respectivos Estados expansionistas, sino también en los desesperados intentos de los primeros emisores de servicio público para justificar públicamente el porqué los medios de radiodifusión podían organizarse como un “tercer camino”, incorporándolos a un Estado parlamentario democrático en el cual los medios electrónicos podrían servir como motor y sostén de la vida pública dentro de un territorio determinado. El célebre documento que elaboró John Reith, el primer director general de la BBC, para el Comité Crawford, en 1925, planteaba explícitamente este punto. La radiodifusión de servicio público, sostenía Reith, debería funcionar como un servicio nacional; como un poderoso recurso para lograr la cohesión social, al promover la unión de los diversos grupos, regiones y clases por medio de la emisión en vivo de eventos nacionales, tales como la primera transmisión del rey Jorge V, durante la exhibición imperial del año anterior, la cual tuvo el efecto de “hacer de la nación un solo hombre”. Medio siglo después, sir Michael Swann, presidente de la junta de gobernadores de la BBC, afirmó ante su comité anual: “[...] de hecho, gran parte del trabajo realizado por la BBC funge, de una u otra manera, como un cemento social. Los acontecimientos reales, los servicios religiosos, la transmisión de eventos deportivos y las series policíacas refuerzan, todos ellos, el sentimiento de pertenencia a nuestra nación, al participar en sus celebraciones y aceptar lo que éstas significan”.

Y aún hoy día sigue defendiéndose explícitamente la presunción de que el modelo de servicio público constituye el principal foro de comunicación entre la nación entera, lo que se constata cuando los presidentes franceses se refieren a sus servicios de radio y televisión como

⁵ Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the origin and spread of nationalism*, Londres, Verso, 1982.

“la voz de Francia”, o en las políticas de la BBC que reiteran el principio de que “los radiodifusores que reciben financiamiento público tienen una obligación primaria con el público” y designan a la corporación como “el instrumento nacional de radiodifusión”. Prácticamente esto mismo puede hallarse en todos los estudios académicos recientes sobre el nexo entre el servicio público y la esfera pública.⁶ Quisiera señalar que este tipo de discurso —el de aquellos que suponen una afinidad electiva entre la radiodifusión de servicio público y la “esfera pública”— ha empezado a endurecerse y a convertirse en dogma, precisamente porque la metáfora espacial de la que parte ha dejado de coincidir con las tendencias a largo plazo de los medios de comunicación en las antiguas democracias parlamentarias. Vivimos una época en la que los marcos espaciales de comunicación se encuentran en un estado de turbulencia. El predominio que antes tenía la vida pública estructurada en torno al Estado, territorialmente delimitada y que era mediada a través de la radio, la televisión, la prensa y los libros, está tocando a su fin. Su hegemonía está siendo velozmente erosionada por el desarrollo de una multiplicidad de espacios entrelazados de comunicación, los cuales no están atados a un territorio determinado y, por lo tanto, desbordan y fragmentan irreversiblemente aquello que antes parecía ser una esfera pública única y espacialmente integrada, contenida dentro de un Estado-nación. Hoy día se ha vuelto obsoleto el ideal de una esfera pública unificada, así como su consecuente imagen de una república territorialmente delimitada e integrada por ciudadanos que anhelan estar a la altura de su concepto de bienestar público. En lugar de ello, figurativamente hablando, la vida pública experimenta una “refeudalización”, no en el sentido en que Habermas utilizó este término en su *Strukturwandel der Öffentlichkeit*, sino en el de la conformación de un complejo mosaico de esferas públicas de diversos tamaños, que se traslapan e interconectan y que nos obligan a reconsiderar radicalmente nuestros conceptos sobre la vida pública y sus términos “asociados”, tales como opinión pública, bienestar público y la diferenciación público-privado.

⁶ Véanse, por ejemplo, Bernhard Peters, “Der Sinn von Öffentlichkeit”, *Öffentlichkeit, öffentliche Meinung, soziale Bewegungen*, en el número especial de *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, núm. 34, 1994, pp. 42-76; Paddy Scannell, “Public Service Broadcasting and Modern Public Life”, *Media, Culture and Society*, vol. 11, núm. 2, 1989, pp. 135-166; y James Curran, “Rethinking the Media as a Public Sphere”, en Peter Dahlgren y Colin Sparks (eds.), *Communication and Citizenship. Journalism and the Public Sphere in the New Media Age*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, pp. 27-57.

Aun cuando estas esferas públicas emergen en medios de diversos tamaños, en los rincones y grietas de las sociedades civiles y los Estados, todas ellas constituyen fases de poder y acciones ligadas a intereses, con las características esenciales de una esfera pública. Una esfera pública es un tipo particular de relación espacial entre dos o más personas, por lo general vinculadas por algún medio de comunicación (televisión, radio, satélite, fax, teléfono, etc.) y entre las cuales se suscitan disputas no violentas, durante un periodo de tiempo breve o más prolongado, en torno a las relaciones de poder que operan dentro de su determinado medio de interacción y/o dentro de los más amplios ámbitos de las estructuras sociales y políticas en los que se encuentran los adversarios. En este sentido, las esferas públicas nunca aparecen en forma pura —la siguiente descripción es el *idealtypisch*— y rara vez se dan de manera aislada. Si bien suelen estar interconectadas y formar parte de una red, las esferas públicas contemporáneas tienen un carácter fracturado y no existe ninguna tendencia de alcances más amplios que, contrarrestando esto, esté dando lugar a una esfera pública integrada. A partir de los ejemplos que cito a continuación y en los que se constata su heterogeneidad y diversidad de tamaños, he decidido —a riesgo de ser malinterpretado— establecer una distinción entre las *microesferas públicas*, en las que interactúan docenas, centenas y miles de adversarios, en el ámbito del sub-Estado-nación; las *mesoesferas públicas*, que por lo general están integradas por millones de personas que interactúan en el marco del Estado-nación; y las *macroesferas públicas*, que suelen estar constituidas por cientos de millones e incluso miles de millones de personas que debaten, a los estratos supranacionales y globales de poder. Quisiera analizar cada una de estas esferas por separado y explorar sus implicaciones para una teoría política revisada sobre el papel que desempeñan las esferas públicas en las repúblicas democráticas.

Microesferas públicas

La cafetería, la junta municipal y el círculo literario, en las que se configuraron las primeras esferas públicas de poder, tienen hoy día su paralelo en una amplia variedad de espacios locales, en donde los ciudadanos debaten quién debe hacer esto y quién y cómo debería de obtener aquello. John Fiske, en su libro *Power Plays, Power Works*, presenta un convincente argumento sobre la importancia de los ámbitos con una estructura horizontal y de pequeña escala, en los cuales los ciudadanos forjan su identidad y a menudo se enfrentan a los poderes con estructuras verticales e “imperialistas”, que están empeñados en regular, redefinir

o extinguir (o “inmovilizar”) la vida pública en el nivel local.⁷ Si bien Fiske (siguiendo a Foucault) destaca correctamente que estas microesferas públicas se benefician del hecho de que todas las instituciones de gran escala dependen en última instancia de la cooperación de sus subordinados, y que los desafíos y cambios que se dan en el nivel micro tienen necesariamente macroefectos de más amplio alcance, el autor no otorga el debido peso a las disputas internas que ocurren en el seno de estos ámbitos —prefiriendo, en lugar de ello, enfatizar la relación contestataria que existe entre el “poder imperialista” y los ámbitos—, por lo que desafortunadamente ignora el rico significado que tienen tales disputas localizadas para la teoría convencional de la esfera pública. Dos ejemplos ayudarán a aclarar estos puntos, así como a ilustrar aquello a lo que nos referimos con el término de microesfera pública.

Las microesferas públicas constituyen actualmente una característica esencial de todos los movimientos sociales. Como lo han observado Paul Mier, Alberto Melucci y otros, los movimientos sociales contemporáneos se ocupan menos de las luchas en torno a la producción y distribución de los bienes y recursos materiales, dirigiendo más su atención a las formas en que las sociedades posindustriales generan y retienen información, y cómo preservan determinados significados entre sus miembros.⁸ Así, por ejemplo, las organizaciones de movimientos de mujeres no sólo plantean importantes cuestionamientos sobre las inequidades materiales que sufren las mujeres, sino que también impugnan al mismo tiempo los códigos masculinistas dominantes al crear conciencia en el resto de la sociedad sobre la importancia de reconocer simbólicamente las diferencias. Si bien los movimientos siguen tendencias milenarias, su actual empeño en definir y redefinir las diferencias simbólicas garantiza que no van en pos de grandiosas imágenes de un futuro orden utópico. Los seguidores, simpatizantes y actores de los movimientos son “nómadas del presente”. Su atención está enfocada en el hoy, y en él practican los cambios sociales futuros que persiguen, por lo que sus recursos de organización se valoran como fines en sí mismos. Los movimientos sociales por lo general están constituidos por redes que carecen de notoriedad, integradas por pequeños grupos, organizaciones, iniciativas, contactos locales y relaciones de amistad, todos ellos inmersos en la vida cotidiana. Estas redes subterráneas, que

⁷ John Fiske, *Power Plays, Power Works*, Londres, Verso, 1993.

⁸ Véase Paul Mier y John Keane (eds.), “New perspectives on social movements: an interview with Alberto Melucci”, *Nomads of the Present*, Londres y Filadelfia, Temple University Press, 1989, pp. 180-232.

se distinguen por hacer hincapié en la solidaridad y en las necesidades individuales, así como por la participación temporaria de sus miembros, constituyen los laboratorios en los cuales se inventan y popularizan nuevas experiencias. Dentro de estos laboratorios locales, los movimientos utilizan una diversidad de medios de comunicación (teléfono, fax, fotocopidora, videocámaras, videocasetas, computadoras personales) para cuestionar y transformar los códigos predominantes de la vida cotidiana. Funcionan como esferas públicas en las que los elementos de la vida diaria son mezclados, remezclados, desarrollados y probados. Esferas públicas tales como el círculo de discusión, la casa editorial, la iglesia, la clínica o una plática sobre política entre un grupo de amigos o conocidos mientras toman una copa, son los sitios en los que los ciudadanos cuestionan los pseudoimperativos de la realidad y contraponen a éstos experiencias alternativas de tiempo, espacio y relaciones interpersonales. De vez en cuando, estas esferas públicas convergen con eventos públicos transmitidos por los medios de comunicación, tales como manifestaciones en favor de los derechos de los homosexuales y las lesbianas, o plantones para protestar contra ciertos proyectos de construcción de carreteras o plantas de energía. Sin embargo, paradójicamente, estas microesferas públicas obtienen su fuerza del hecho de que son casi invisibles. Inclusive cuando parecen ser "privadas" y actúan alejadas de la vida pública oficial, los partidos políticos y el resplandor de la publicidad de los medios de comunicación, las microesferas públicas en realidad poseen todas las características de iniciativas públicas de grupos pequeños, cuya impugnación de la distribución del poder existente logra ser efectiva precisamente porque operan con total libertad, entre los discretos rincones y grietas de la sociedad civil.

Las microesferas públicas también han empezado a desarrollarse entre los niños, dentro de sus hogares, como lo ilustra el controvertido ejemplo de los videojuegos. A muchos adultos, especialmente aquellos que no tienen hijos, el popular atractivo de los videojuegos les resulta incomprensible y la imagen del tablero de cuatro botones les produce una intensa sensación de tiempo desperdiciado, de ignorancia producto de la inocencia e, incluso, de disgusto ante la idea de que la actual generación de niños sea la primera que, en los tiempos modernos, aprendió a usar una computadora antes de aprender a leer y escribir. Pero para la mayoría de los niños, cuando menos aquellos que tienen entre ocho y dieciocho años de edad, la experiencia de divertirse con los videojuegos y crear una cultura cotidiana de historias que se narran en el salón de clases, de intercambiar y compartir videos, y de utilizar un nuevo vocabulario crítico (lleno de palabras en clave como "porque-ría", "apestoso" y "maloliente") que les provoca fricciones con los adul-

tos, se ha vuelto parte rutinaria de la niñez, tan rutinaria como las anticuadas manifestaciones expresadas en el odio a los padres, el aplastar a una lombriz o el sobrealimentar un pez dorado hasta matarlo. El ritmo de expansión dentro de los hogares de este tipo de microesferas públicas ha sido extraordinario. En los últimos cinco años, por ejemplo, el mercado de los videojuegos en el Reino Unido, dominado por las empresas japonesas Sega y Nintendo, ha crecido de casi cero a un volumen de ventas de alrededor de 800 millones de libras esterlinas anuales. Ocho de cada diez niños de entre once y catorce años de edad juega ahora con ellos; seis de cada diez tienen su propia consola (el hardware necesario para correr el juego en la pantalla del televisor) y, solamente en 1992, se vendieron alrededor de dos millones de consolas. Las cifras industriales gustan de citar el poder del “gancho” publicitario para explicar su éxito comercial, pero esto subestima el hecho de que la popularidad de los videojuegos entre los niños es *elegida* por los sujetos que buscan, aunque sea tan sólo de manera intuitiva, el poder de codeterminar los resultados de su juego electrónicamente mediado. Es verdad que la actual forma comercializada de los videojuegos generalmente frustra las elecciones de los niños. La tipificación de la mujer como figura sobre la cual se actúa y que, con frecuencia, aparece como una víctima de secuestro que necesita ser rescatada, es un caso típico de esto.⁹ Sin embargo, los videojuegos desafían a los niños a que se adapten a los nuevos medios de comunicación digital. Su atractivo no sólo deriva del hecho de que, por un momento, el niño puede escapar de las demandas del hogar o la escuela, al internarse en un mundo diferente de hombres biónicos, damiselas en desgracia, invasiones galácticas y tortugas mutantes adolescentes. Los videojuegos también prometen una interactividad y, de hecho, alientan a los usuarios a afinar su coordinación entre la vista y las manos, así como sus habilidades de interpretación, al enfrentarse a textos de manera ordenada pero no secuencial. A diferencia del proceso de aprendizaje de lectura de libros, en la cual los niños son inicialmente reducidos a meros lectores que no tienen otra libertad que la de aceptar o rechazar las reglas de un texto, el acto de jugar con un video confronta al niño con una forma de hipertexto (Nelson, 1987). Los jugadores deben elegir su propio recorrido a través de textos compuestos por bloques de palabras, imágenes y sonidos, que están ligados electrónicamente por caminos, cadenas o pistas inconclusos y abiertos.

⁹ Eugene F. Provenzo Jr., *Video Kids: Making Sense of Nintendo*, Cambridge, Mass., y Londres, Harvard University Press, 1991. Véase, en particular, el capítulo 5.

Los videojuegos desvanecen las fronteras entre lector y escritor, al obligar a los usuarios a elegir cómo avanzarán a través de un bosque de posibilidades relacionadas con el rescate y la venganza, el bien contra el mal, y cuya única limitación son las normas que rigen en el hogar respecto del tiempo permitido de juego, la *mise en scène* del fabricante y la capacidad de invención del niño ante el recelo o total antagonismo de los adultos hacia ese fenómeno.

Mesoesferas públicas

El tratamiento de éstas será comparativamente más breve, dado que son las más conocidas de los tres tipos de esfera pública que aquí examinamos. Las mesoesferas públicas son aquellos espacios de debate sobre el poder, integradas por millones de personas que observan, escuchan o leen, a lo ancho de un área de grandes dimensiones, cuya extensión puede ser la del Estado-nación o bien ampliarse más allá de sus fronteras, hasta alcanzar audiencias vecinas (como en el caso de la programación y publicidad en lengua alemana que se produce en Austria). De igual forma, su alcance en ocasiones no trasciende las regiones que comprenden los Estados, como en el caso de las zonas de España donde no se habla castellano, tales como Cataluña y el País Vasco. Las mesoesferas públicas son mediadas tanto por diarios de gran circulación, como el *New York Times*, *Le Monde*, el *Globe and Mail* y el diario catalán *Avui*, como por medios electrónicos de comunicación, tales como la emisora de radio y televisión BBC, la Radio de Suecia, la RAI y la Radio Pública Nacional (en Estados Unidos) y la cuatro cadenas nacionales (CBS, NBC, ABC y Fox).

Aun cuando las microesferas públicas ejercen una presión constante “desde abajo”, las mesoesferas dan prueba de una considerable resistencia. No existe necesariamente una relación de suma cero entre estos ámbitos públicos de magnitud diversa, debido, por una parte, a que cada uno se nutre de las diferencias que tiene respecto del otro (por ejemplo, los lectores de los diarios nacionales pueden leer y, de hecho, leen las revistas o boletines que se producen localmente, en virtud, precisamente, de sus discrepancias en cuanto a los temas que tratan y sus respectivas prioridades) y, por otra parte, debido a que las mesoesferas públicas se mantienen gracias a medios de comunicación que atraen a grupos nacionales particulares o a grupos lingüísticos regionales, que poseen estructuras poderosas y bien establecidas de producción y distribución, las cuales preservan su probada capacidad para difundir entre millones de personas ciertos tipos de noticias, acontecimientos de actualidad, películas y entretenimientos que refuerzan diariamente ciertos estilos y

hábitos de comunicación sobre asuntos de interés público. Dada su gran reputación y la fuerza de su financiamiento y distribución es poco probable que los medios de comunicación de servicio público, pese a su autocomercialización, desaparezcan como puntales de la vida pública. Además, existe otro motivo más sorprendente por el cual la vida pública en el mesonivel difícilmente podría desaparecer. En los ejemplos antes citados de la forma en que los medios de comunicación constituyen un sostén de las mesoesferas públicas, resalta el hecho —contrario a los recientes intentos por vincular la teoría de la esfera pública con la suerte de los medios de comunicación de servicio público— de que las controversias públicas sobre el poder generalmente son facilitadas por los medios de comunicación privados de la sociedad civil. Existen muchas evidencias de que, así como los medios de servicio público están cada vez más constreñidos por las fuerzas del mercado, también los medios mercantilistas están sujetos a procesos de largo plazo de autopolitización, en el sentido de que están obligados a abordar temas de interés para un público constituido por ciudadanos que son capaces de distinguir entre el “sensacionalismo” de mercado y las controversias públicas. El ingreso en la política oficial de figuras de los medios comerciales, tales como Ronald Reagan y Silvio Berlusconi, son casos extremos de esta tendencia. La despiadada intrusión de los tabloides británicos en la vida privada de los monarcas y políticos durante la década pasada es sintomática de esta misma tendencia, como lo son también ciertos programas populares sobre asuntos de actualidad, tales como *Larry King Live*, que transmite la CNN, y la sorprendente proliferación de programas televisivos en vivo y con la participación de invitados (los llamados *talk-shows*), como *Ricki Lake*, los cuales, en un mar de anuncios publicitarios de productos tales como el enjuague bucal Listerine, los chocolates Milky Way, colchones con resortes internos y pizzerías, simulan feroces disputas domésticas sobre temas que van desde el sexo y el embarazo entre los adolescentes hasta el abuso sexual de niños, frente a un grupo de personas elegidas que fungiendo como público discuten acaloradamente entre ellas y, en medio de un alboroto, alegan con el presentador, con los especialistas y los entrevistados, contradiciéndolos, les llaman “asnos”, les exigen que “pongan los pies en la tierra” e insisten en que algo o alguien es un “mamón con M mayúscula”.

Macroesferas públicas

La reciente expansión de las macroesferas públicas en los ámbitos mundial o regional (por ejemplo, la Unión Europea), constituye uno de los desarrollos más sorprendentes y menos investigados que siguen un ca-

mino opuesto a la teoría ortodoxa de la esfera pública. Los macropúblicos conformados por millones de ciudadanos son el resultado (no intencional) de la concentración internacional de las empresas de comunicación masiva, que antes eran detentadas y operadas en el espacio del Estado-nación. Es claro que, a lo largo del siglo, fue teniendo lugar una forma previa de concentración del capital de los medios de comunicación, especialmente en las industrias de las revistas y los diarios y en el grupo central de las agencias noticiosas, dominadas por las firmas estadounidenses, británicas, alemanas y francesas, las cuales dibujaron el mundo dentro de las esferas de influencia de sus respectivos gobiernos. Sin embargo, la actual globalización de las empresas de comunicación representa una proyección en el plano internacional de dicho proceso de concentración. Ésta incluye la existencia de cadenas que son propietarias de los diarios, la copropiedad de los mismos, la adquisición de los medios de comunicación por meros motivos industriales y, principalmente, el desarrollo regional y global de sistemas de comunicación conectados vía satélite.

El desarrollo de medios de comunicación que cubren todo el planeta, tales como la News Corporation International, la agencia Reuter, la Time-Warner y Bertelsmann, no fue motivado por el deseo de financiar la expansión de públicos internacionales. Pese a que aún no se cuenta con investigación suficiente sobre las causas y beneficios aparentes de la globalización, resulta claro que los factores que motivan dicho proceso, que no tiene parangón en la historia, pertenecen al ámbito de la economía política. Las empresas de comunicación masiva que operan con difusión mundial tienen ciertas ventajas sobre sus contrapartes de alcance nacional. Manejadas por un pequeño grupo de personas que se ha aficionado a "reanimar" empresas de comunicación con dificultades económicas y a hacer uso de todos sus recursos, las firmas transnacionales se benefician con las economías de escala. Una de las formas en que lo hacen es, por ejemplo, reasignando recursos de personal especializado, de comercialización y de talento periodístico desde una parte del campo de las comunicaciones hacia otra; también pueden reducir los costos y hacer innovaciones al utilizar fuerzas de trabajo especializadas que provienen de sociedades diversas. De igual forma, estas empresas pueden realizar sinergias de varios tipos, tales como poner a prueba una novela en un país y producir en otro una película basada en ella, o bien sacar a la luz un trabajo, por etapas sucesivas, por diversos medios tales como el cable, el video, la televisión, las revistas y los libros en rústica, sin tener que enfrentar las difíciles negociaciones sobre derechos de autor y los problemas de calendarización que surgen inevitablemente cuando están involucradas varias empresas nacionales com-

petidoras. Asimismo, otra factor muy importante es el ventajoso hecho de que las firmas transnacionales de comunicación a menudo pueden evadir la legislación de algún Estado-nación y reubicar las energías centrales de toda una operación de un mercado a otro, si llegan a presentarse cambios en los ambientes político, legal o cultural.

Una de las principales ironías de este proceso que busca riesgos y ganancias es que se nutre del desarrollo de públicos que trascienden las fronteras del Estado-nación. La mayoría de estas esferas públicas están todavía en ciernes. El hecho de que tengan una vida breve e informal y de que cuenten con pocas fuentes de financiamiento garantizadas y protección legal hace de ellas un fenómeno sumamente frágil y, en ocasiones, fugaz. Los actos de transmisión internacional, que ahora ocurren casi cada semana, ilustran este punto. Como lo han demostrado Daniel Dayan, Elihu Katz, Daniel Hallin y otros, este tipo de acontecimientos, tales como las reuniones cumbre, constituyen procesos con fuertes cargas simbólicas, que son cubiertos por los medios de comunicación de todo el mundo y están dirigidos primeramente a una “audiencia mundial” ficticia.¹⁰ Por ejemplo, en el caso de las tres reuniones cumbre organizadas por Reagan y Gorbachev —en Ginebra, 1985; Washington, 1987, y Moscú, 1988—, públicos de todo el mundo miraron cómo ciertas emisoras, como la CNN, el programa *Nightline* de la ABC y el programa matutino soviético *90 Minutos*, transmitían versiones de una reunión cumbre que anunciaba el fin de la “guerra fría”. Con frecuencia se critica que dichas emisiones difundan rituales de pacificación que dejan mudas a las audiencias ante el fascinante espectáculo del acto y, en efecto, esto podría decirse justificadamente sobre las tan censuradas transmisiones de las guerras de las Malvinas y del Golfo Pérsico. Sin embargo, también existen signos de que las transmisiones mundiales de las reuniones cumbre y otros acontecimientos tienden a ser conducidas utilizando el modo subjuntivo (hipotético), en cuanto que ellas agudizan entre el público la sensación de que las “leyes” existentes de los políticos en el poder no tienen nada de “naturales” y que, por lo tanto, el perfil del mundo depende en cierta medida de los esfuerzos que se hacen actualmente por remodelarlo, según ciertos criterios.

El empleo recurrente del modo subjuntivo, junto con el propósito de llegar a un público dentro del ámbito mundial, son factores que inci-

¹⁰ Daniel Dayan y Elihu Katz, *Media Events: The Live Broadcasting of History*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1992; Daniel C. Hallin, *We Keep America on Top of the World. Television Journalism and the Public Sphere*, Londres y Nueva York, Routledge, 1994, caps. 1 y 8.

tan la irrupción de nuevas controversias públicas relativas a la expansión del poder más allá de las fronteras delimitadas de las mesoesferas públicas. Así, por ejemplo, durante las reuniones Reagan-Gorbachev, se presentaron casi a diario y de manera simultánea, entre los ciudadanos y gobiernos de diversos países, debates políticos en torno a la peligrosa proliferación de armas nucleares y convencionales; mientras que en la Unión Soviética, en donde la vida pública autónoma era considerada, desde mucho tiempo atrás, un crimen contrarrevolucionario, los seguidores de Boris Yeltsin fueron alentados al ver que las entrevistas que realizaron la CBS y la BBC al degradado líder del partido obligaron a Mikhail Gorbachev a responder con una conferencia de prensa televisada. A su vez, los disidentes religiosos soviéticos tuvieron éxito en su campaña con el presidente Reagan para que éste les concediera una reunión pública, en la cual tuvo lugar un franco y abierto debate entre opiniones contrarias sobre las elecciones, el futuro de la religión y las comparaciones entre los “estándares de vida” de Estados Unidos y la Unión Soviética.

Tal vez el ejemplo más dramático que haya existido a la fecha sobre la forma en que los acontecimientos transmitidos con carácter mundial pueden generar y generan debates públicos sobre el poder, frente a audiencias que comprenden a cientos de millones de personas, haya sido la crisis de la Plaza Tiananmen, ocurrida a finales de la primavera de 1989. La emisión que realizó la CNN del episodio de Tiananmen, en vivo y durante las veinticuatro horas del día, constituyó un hito en el desarrollo de las noticias transmitidas en el ámbito internacional. Dicha emisión no sólo fue considerada la historia noticiosa más importante que hubiera cubierto la televisión internacional por vía satélite, sino también (según Lewis Friedland y otros autores) fue la primera ocasión en que la televisión por satélite determinaba el curso de los propios acontecimientos, los cuales se desarrollaban vertiginosamente en tres dimensiones; dentro de las fronteras nacionales, a lo largo de los círculos diplomáticos del mundo entero y en el escenario de los debates públicos internacionales que buscaban una solución a la crisis. El compromiso que adquirió el servicio por cable de la CNN en cuanto a llevar a su público todas las historias relevantes desde todos los ángulos posibles del espectro político contribuyó a difundir las demandas de los estudiantes, muchos de los cuales habían viajado al extranjero y conocían muy bien el potencial político del medio televisivo para crear esferas públicas que fueran contrarias al Estado totalitario chino. No es una coincidencia que hallan escogido a “la diosa de la democracia” como símbolo central y que en sus pancartas se leyeran citas de Abraham Lincoln y otros, todas ellas en inglés, pensando en el público occiden-

tal. Los estudiantes previeron, con acierto, que si llevaban consigo cámaras fotográficas y teléfonos celulares (y, más tarde, cámaras de video de 8 mm, sobre las bicicletas), aumentarían sus posibilidades de sobrevivir y de ganar el reconocimiento internacional, lo cual ciertamente obtuvieron de parte de otros Estados y ciudadanos. Asimismo, al dañar la reputación internacional del Partido Comunista, es probable que la transmisión mundial de los acontecimientos de Tiananmen también haya contribuido a que, en el largo plazo, pueda darse un desmantelamiento sin violencia del régimen (siguiendo las líneas de la Hungría de Kadar). Por lo pronto, es casi seguro que la cobertura prolongó la vida de la protesta, la cual terminó con la masacre de entre 400 y 800 estudiantes. Según narra Alee Miran, quien fuera el productor ejecutivo de la CNN en China, durante la crisis: “La gente se nos acercaba en las calles y nos decía: ‘Sigán, sigán transmitiendo, porque ellos no vendrán mientras ustedes estén en el aire’. Lo cual resultó cierto. Las tropas entraron cuando apagamos nuestras cámaras”.¹¹

El trascendental desarrollo que ha logrado durante las últimas dos décadas el sistema internacional de redes de comunicación computarizadas ofrece un último ejemplo de las macroesferas públicas. Basada en técnicas tales como la conmutación de paquetes —que desarrolló la Advanced Research Projects Agency (ARPA) del Departamento de Defensa de Estados Unidos en la década de los sesenta—, una red mundial de computadoras, que contando con el financiamiento de algunos gobiernos, negocios, universidades y ciudadanos ha empezado a acercar a usuarios de todos los continentes y condiciones sociales. Internet, la tan mencionada red, comprende un estimado de tres millones de computadoras que funcionan como huéspedes, y que, a su vez, están directamente conectadas a otros tantos millones de computadoras utilizadas por alrededor de treinta millones de personas. El número de “ciudadanos” de Internet está creciendo con rapidez (a un ritmo estimado de un millón de usuarios por mes) debido, por una parte, a la inmediata posibilidad de contar con una dirección en el correo electrónico, y por otra, a la falta de restricciones, la globalidad informativa y la informalidad de las comunicaciones con que actualmente gozan todos los usuarios que se comunican entre sí, por un sinnúmero de razones. Algunas personas “navegan” por Internet y entran en los múltiples servidores del mundo por el simple placer de hacerlo, mientras que muchas em-

¹¹ Citado en Lewis A. Friedland, *Covering the World: International Television News Service*, Nueva York, Twentieth Century Fund., 1992, p. 5.

presas y organizaciones realizan transacciones bancarias y transmiten información financiera y administrativa mediante la red. Las emisiones televisivas de discursos y la transmisión de imágenes de mapas meteorológicos, pinturas y fotografías de desnudos son algo común, e incluso algunos usan “la red” para obtener impresiones detalladas de información proveniente de bibliotecas, o bien para “platicar” con un amigo que se encuentra en otro continente.

La variedad de propósitos para los que puede utilizarse Internet, a un precio razonable o sin costo alguno, ha llevado a algunos observadores, como Ed Krol,¹² a comparar a sus usuarios, en términos neorrománticos, con los viajeros del siglo xvii que buscaban alimento y posada en las casas a las que llegaban al caer la noche. Pero, incluso cuando es correcto resaltar el carácter contractual o voluntario de las interacciones electrónicas, el símil resulta incorrecto, dado que no considera la confusión que genera entre los usuarios la frecuente desorganización en que se presentan las fuentes de información, lo que da lugar a que los viajeros de la supercarretera de la información se encuentren de pronto perdidos sobre la ruta que deben seguir, sus recursos para viajar, las reglas de sus huéspedes y (dado que los mensajes con frecuencia se envían varias veces, a menudo por receptores/emisores desconocidos) su destino último. Pero, más importante aún en cuanto a la inexactitud del símil es el hecho de que Internet fomenta la creación de macroesferas públicas. Existe una categoría de usuarios con una “presencia neta”, que no utilizan este medio como viajeros, sino como ciudadanos que generan controversias con otros miembros de una remota “comunidad imaginaria”, sobre asuntos relativos al poder y a los principios. La Asociación de Comunicaciones Progresivas (ACP), por ejemplo, opera como una asociación mundial de redes miembros, dedicadas a brindar servicios avanzados de comunicación entre computadoras a bajo precio, con el propósito de fortalecer las redes y compartir información entre organizaciones e individuos que trabajan en favor de la protección ambiental, la justicia económica y social, y los derechos humanos. Dentro del marco de la ACP, las esferas de controversia pública (“foros de discusión pública”), que llegan a todos los puntos del planeta, tienen una presencia permanente, como también la tienen las reflexiones sobre las relaciones de poder que operan *dentro* de las propias redes globales. Los “netciudadanos”, cuya aproximación a los foros públicos de Internet

¹² Ed Krol, *The Whole Internet. Users' Guide and Catalogue*, Sebastopol, Calif., O'Reilly and Associates, 1994.

exuda egoísmo —por tener una actitud de tomar, más que de dar—, suelen quejarse de que se abusa de ellos, como lo han descubierto con sorpresa y vergüenza los anunciadores no solicitados. Actualmente hay polémicas sobre la conveniencia de que el acceso que los ciudadanos tienen a Internet sea gratuito y subsidiado por el Estado, por lo que han surgido propuestas (en Estados Unidos) para la creación de una Corporación de Ciberdifusión Pública, que funcionaría como cámara de compensación para los fondos federales, ayudaría a incrementar la densidad y extensibilidad de la red, y actuaría como grupo de presión para el acceso de los ciudadanos. Asimismo, se han expresado temores en cuanto a que las industrias de las telecomunicaciones y el entretenimiento estén construyendo sistemas avanzados de comunicación que les permitirían controlar ciertas secciones del Internet y, por ende, cobrar cuotas de acceso muy elevadas.

Consecuencias para la investigación

La propuesta presentada en las páginas anteriores de reconsiderar radicalmente la teoría de la esfera pública, al igual que cualquier otra línea de indagación que transgreda los límites del saber convencional, plantea muchas preguntas complejas que tendrían importantes consecuencias para el futuro de la investigación en los campos de la política y las comunicaciones. La más obvia de ellas es que la tentativa neorrepublicana de vincular la teoría de la esfera pública con la institución de la radiodifusión de servicio público ha fracasado en los planos empírico y normativo y que, siendo más optimistas, existen razones de carácter únicamente empírico por las cuales el concepto de “esferas públicas” debería abarcar fenómenos tan dispares como las redes de computadoras, las iniciativas ciudadanas, la circulación de diarios, la radiodifusión vía satélite y el entretenimiento de los niños con los videojuegos. Las esferas públicas no están “alojadas” exclusivamente en los medios de comunicación de servicio público protegidos por el Estado, como tampoco (contrariamente a Habermas) están de alguna manera ligadas, *per definitionem*, a esa estrecha zona de la vida social ceñida entre el mundo del poder y del dinero (Estado/economía) y las agrupaciones prepolíticas de la sociedad civil. La geografía política preupuesta tanto por la teoría habermasiana como por la del modelo de servicio público de la “esfera pública” es incorrecta. Las esferas públicas pueden desarrollarse y de hecho se desarrollan en diversos planos de la sociedad civil y de las instituciones estatales, entre los cuales se encuentran el territorio supuestamente enemigo de los mercados de consumo y el mundo de

poder, que se extiende fuera del alcance de los Estados-nación, el mundo hobessiano generalmente dominado por oscuros acuerdos, la diplomacia galante, las transacciones empresariales, la guerra y los rumores de guerra.

Que exista o no una tendencia a largo plazo de que las esferas públicas se amplíen hacia áreas de la vida previamente ajenas a las controversias sobre el poder es, necesariamente, un tópico que requiere de una indagación más amplia. Sin embargo, una de las consecuencias de esta reflexión sobre el tema de la vida pública en las antiguas democracias es que han dejado de existir áreas de la vida social o política que estén automáticamente protegidas de las polémicas públicas sobre la distribución del poder. El primer intento moderno por hacer que los patrones de la propiedad, las condiciones del mercado, la vida doméstica y ciertos eventos como la vida y la muerte aparecieran como algo “natural” se ha debilitado gradualmente. Lo mismo ha ocurrido con el supuesto más antiguo y originalmente griego de que la esfera pública de la ciudadanía necesariamente descansa en la callada vida privada (literalmente, la idiotez) del *oikos*. Pero a medida que se difunde el proceso de la publicidad medida —en los *talk shows* televisivos como *Ricki Lake* y los niños que se divierten con videojuegos—, los fenómenos supuestamente privados están siendo llevados hacia los torbellinos de la controversia negociada, que constituye la marca de fábrica de los espacios públicos. El plano de la vida privada desaparece. El proceso de politización corroe la división convencionalmente aceptada entre “lo público” (en donde se considera que las controversias por el poder son asunto de los otros) y “lo privado” (en donde se dice que tal controversia no tiene un papel legítimo ante los tronos de la “intimidad”, de la elección individual, o de la “naturalidad” creada por Dios o por la biología). La politización saca a la luz la arbitrariedad o convencionalismo de las definiciones tradicionales de “lo privado”, lo que hace más difícil (como lo están aprendiendo con dolor varias figuras de poder) justificar una acción determinada como asunto privado. Paradójicamente, el mismo proceso de politización también desencadena una nueva categoría de disputas sobre la conveniencia de definir o redefinir ciertas zonas de la vida social y política como “privadas” y, por ende, que no incumben a nadie más. Así, las autoridades legales hacen público el problema de la violación, a la vez que insisten en la necesidad de mantener oculta la identidad de aquellos que han sido víctimas de tal crimen; los homosexuales y las lesbianas hacen campañas públicas por su derecho a vivir sin que se entrometan periodistas fanáticos o estúpidos; quienes abogan por el derecho a la vida privada presionan públicamente por una legislación para la protección de la información y, mientras

tanto, algunos políticos fortificados y monarcas escandalizados insisten también en forma pública en que los medios de comunicación no tienen cabida en sus dormitorios.

Tales desarrollos no pueden ser correctamente comprendidos si se los mira desde el interior de la perspectiva ortodoxa sobre la esfera pública, casada como está con una versión de la primera división moderna entre “lo público” y “lo privado”. Algunos de sus defensores podrán refutar que cuando menos algunas de las esferas públicas arriba mencionadas son falsas, dado que ni son permanentes ni están estructuradas con base en una argumentación racional, o lo que Garnham llama “una política racional y universalista”. Sin duda —como lo demuestra la *impermanente* controversia pública generada por los movimientos sociales—, no todos los ejemplos de vida pública citados anteriormente dan muestra de longevidad, pero esto apunta entonces a la necesidad de cuestionar el supuesto convencional de que una esfera pública es sólo aquella que persiste a lo largo del tiempo. El punto acerca de la argumentación racional es más difícil de responder, aunque de nuevo resulta claro que no existe en principio una razón por la cual el concepto de esfera pública deba necesariamente estar comprometido con el tipo ideal de comunicación, orientado a alcanzar un consenso con base en la fuerza del mejor argumento (o lo que Habermas llama *verständigungsorientierten Handelns*).¹³ En su estudio sobre los *talk shows*, Sonia Livingstone y Peter Lunt provechosamente señalan las muchas formas en que los programas de debate entre el público desafían la noción filosófica dominante de la racionalidad, derivada de la lógica deductiva y según la cual existe un conjunto de procedimientos formales de razonamiento que expresa tácitamente reglas de inferencia relativas a la verdad o falsedad de las afirmaciones, independientemente del contenido o contexto de lo expresado.¹⁴ Siguiendo las líneas de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein, Livingstone y Lunt defienden la legitimidad del “razonamiento ordinario” o lego, como con las peleas (caracterizadas por la intensidad emotiva y el empeño por imponer a toda costa nuestro punto de vista) y los sermones, la oratoria política y la narración de historias, en las cuales los elementos se construyen de manera fortuita, por medio de la superposición, la repetición y la reiteración. Su desarrollo es convincente, pero sus conclusiones siguen

¹³ Jürgen Habermas, “Was heisst Universalpragmatik?”, en Karl-Otto Apel (comp.), *Sprachpragmatik und Philosophie*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1976.

¹⁴ Sonia Livingstone y Peter Lunt, *Talk and Television. Audience Participation and Public Debate*, Londres, Routledge, 1994.

siendo demasiado racionalistas. Las primeras esferas públicas modernas —como lo expuse, desde una perspectiva posweberiana, en *Public life and late capitalism*, e insisten en ello Alexander Kluge y Oskar Negt, con una visión neomarxista, en *Öffentlichkeit und Erfahrung* (1972)— no se apegaban al tipo ideal habermasiano de la discusión racional. La música, la ópera, los deportes, la pintura y la danza eran algunas de las formas de comunicación que fomentaban el desarrollo de la vida pública, por lo que no existe entonces una razón de principio —salvo el prejuicio filosófico— por la cual sus más recientes semejantes del siglo xx, la exuberancia de la entrega anual de premios de la MTV, el alboroto simulado de los programas de *Ricki Lake* o el hipertexto de los videojuegos, no puedan ser considerados como medios legítimamente potenciales de generación de conflictos de poder.

Suponer que las controversias públicas sobre el poder pueden y deben desplegarse mediante una variedad de medios de comunicación no significa caer en la trampa relativista de concluir que cualquiera y toda lucha de poder constituyen una esfera pública legítima. La confrontación violenta entre individuos no lo es, dado que, como lo decía la idea originalmente griega de que la guerra es externa a la *polis*, tal confrontación busca silenciar físicamente o destruir totalmente a sus adversarios. El punto esencial (que se detalla en *Democracy and civil society* [1988] y en *The media and democracy* [1991]) es el siguiente: la petición de una comprensión pluralista de las diversas formas de comunicación que actualmente comprende la vida pública comparte una afinidad electiva con una concepción no fundamentalista de la democracia, como un tipo de régimen que permite una pluralidad genuina de individuos y grupos que expresan abiertamente su solidaridad u oposición hacia los ideales y formas de vida de los otros. Al abandonar los caminos fútiles y con frecuencia peligrosos de los supuestos *ideales transhistóricos* y las *verdades definitivas*, la petición de un recuento pluralista de la vida pública implica que no existe un criterio último para determinar qué tipo particular de controversia pública es universalmente preferible. Lo más que puede decirse, normativamente hablando, es que un régimen democrático sano es aquel en el que diversos tipos de esferas públicas se desarrollan, sin que ninguna de ellas detente el monopolio en las disputas públicas sobre la distribución del poder. Por el contrario, un régimen dominado por *talk shows* o por la transmisión de eventos espectaculares comprometería la integridad de sus ciudadanos y tal vez resultaría tan sofocante como un régimen en el cual los “debates racionales” de estilo seminario y los sermones políticos demagógicos fueran el único estándar “civilizado” de controversia sobre quién, cómo y cuándo obtiene algo.

Nuestra insistencia en el pluralismo nos lleva de nuevo al tema del espacio, que fue el punto de partida para este extenso análisis de las transformaciones estructurales de la esfera pública en las antiguas democracias. Dentro de la tradición republicana del pensamiento político, que se extiende hasta el reciente intento por vincular la vida pública al modelo de servicio público, suele suponerse que el poder es más eficazmente vigilado y que el abuso del mismo es mejor controlado cuando se le supervisa por medio de un debate público permanente dentro del marco *territorial* del Estado-nación. El republicanismo supone que un grupo de ciudadanos con espíritu público pueden actuar mejor dentro de un espacio integrado y políticamente construido, que en última instancia está arraigado en el *lugar* físico que ocupa el poder estatal. Tal suposición debe ser rechazada, ya que un creciente número de esferas públicas —Internet y los eventos transmitidos mundialmente, por ejemplo— son *espacios* políticamente construidos que no tienen una conexión inmediata con un territorio físico. Podría decirse que la vida pública está actualmente experimentando un proceso de desterritorialización, por el cual el sentimiento que comparten los ciudadanos de estar próximos unos de otros en diversos medios se relaciona cada vez menos con el lugar en el que nacieron, crecieron, se enamoraron, trabajaron, vivieron y, finalmente, morirán.

Podría objetarse que el intento de categorizar la vida pública contemporánea en espacios de amplitud o “alcance” diversos es erróneo tanto en el plano empírico como en el normativo. En cuanto a lo primero, podría decirse que las esferas públicas de las que se habla en este trabajo no son espacios discretos, como quieren implicarlo las categorías de micro, meso y macroesferas públicas, que se asemejan más a un sistema modular de superposición de redes definidas por la falta de diferenciación entre las esferas. Ciertamente, el concepto de *modularización* constituye un útil recordatorio de los peligros que encierra el materializar la distinción entre micro, meso y macroesferas públicas, a la vez que nos permite comprender la creciente complejidad de la vida pública contemporánea. Pero eso no significa que las fronteras entre las esferas públicas de diversos tamaños queden definitivamente borradas. Por el contrario, los sistemas modulares se nutren de la diferenciación interna, cuya operación puede entonces ser entendida solamente por medio de categorías de tipos ideales, que subrayan las fronteras internas de dichos sistemas. El desarrollo reciente de las comunicaciones computarizadas ilustra este punto. Si bien, en un principio, las redes de computadoras enlazaban las terminales a la computadora central para compartir tiempos, durante las últimas dos décadas empezó a predominar un patrón de estructuras distribuidas en los niveles micro, meso y

macro. Durante la década de los ochenta se popularizaron vertiginosamente las redes de área local (LANS, por su nombre en inglés), que ofrecían una comunicación de datos a alta velocidad dentro de una organización, y posteriormente éstas fueron conectadas a redes de área metropolitana (MANS), que con frecuencia están asociadas a un “telepuerto” de platos satelitales y a redes de área amplia (WANS), que pueden llegar a cubrir varios continentes. Sin embargo, la diferenciación entre los planos micro, meso y macro sigue siendo una característica esencial del sistema en su conjunto.

La distinción triádica entre las esferas públicas de distintos tamaños puede también objetarse sobre bases normativas. Durante los primeros años del siglo xx, cuando se inició la era de la radiodifusión, el célebre libro *The Public and Its Problems*, de John Dewey, expresaba a grandes líneas la queja de que las sociedades modernas están marcadas por la fragmentación de la vida pública. “Existen demasiados públicos y demasiada inquietud pública para que nuestros recursos existentes puedan darse abasto”, escribió Dewey. “La necesidad esencial —añadía— es mejorar un sistema unificado de métodos y condiciones para el debate, discusión y persuasión, *ése* es el problema del público”.¹⁵

Este tipo de llamado a revivir el republicanismo (que Robert Bellah y otros repitieron en fecha más reciente)¹⁶ resulta cuestionable, pues no alcanza a comprender la escasa probabilidad de que, en las próximas décadas, no se lleve a cabo la diferenciación estructural de los espacios públicos y que, por lo tanto, el continuar utilizando “el” ideal de esfera pública está condenado a vaciarlo de contenido empírico y a convertir el ideal en una utopía nostálgica e irrealizable. Nos estamos desplazando, como lo predijera Henri Lefebvre, de una sociedad en la que el espacio es visto como “absoluto”, hacia otra en la que existen constantes “tentativas de espacio”.¹⁷ El republicanismo ortodoxo también ignora las consecuencias *antidemocráticas* de su propio anhelo de una esfera pública unificada. La presunción de que todas las disputas por el poder pueden en última instancia situarse en el ámbito del Estado-nación, territorialmente delimitado, es una reminiscencia de la era de construcción del Estado y de las consecuentes luchas de sus habitantes por

¹⁵ John Dewey, *The Public and Its Problems*, Nueva York, H. Holt and Co., 1927, p. 142.

¹⁶ El texto clásico es el de Robert N. Bellah, “Civil Religion in America”, *Daedalus*, núm. 96, invierno de 1967, pp. 1-21.

¹⁷ Henri Lefebvre, *La production de l'espace*, Paris, Éditions Anthropos, 1974, p. 116.

ampliar el otorgamiento de licencias y, por tanto, de dirigir las controversias públicas principalmente contra las operaciones del Estado soberano. En la era actual de licencias universales, por el contrario, no importa tanto quién vota, pues lo que se está convirtiendo en un tema central de la política democrática es *dónde* vota la gente. Desde esta perspectiva, la proliferación de un mosaico de esferas públicas de diferentes tamaños debería ser recibida con gusto y fortalecida prácticamente, por medio de la lucha política, las leyes, el dinero y mejores formas de comunicación. Debido, precisamente, a su capacidad para supervisar el ejercicio del poder desde una diversidad de puntos dentro del Estado y de las instituciones sociales, las esferas públicas garantizan que nadie “detente” el poder y elevan las probabilidades de que en el ejercicio del mismo tengan más injerencia aquellos a quienes éste afecta directa o indirectamente.

Aceptamos que las tendencias que describimos en este trabajo son sólo eso, tendencias. Dentro de las antiguas democracias existen muchas contra-tendencias antidemocráticas y, por lo tanto, no debemos pensar que estamos al principio del fin de la era del uso irrestricto del poder. Como lo señalara alguna vez Harold Innis, todas las clases políticas han buscado incrementar su poder haciendo uso de ciertos medios de comunicación para definir y controlar los espacios en los que viven sus súbditos.¹⁸ Las estatuas de los héroes militares y políticos que se alzan en las plazas públicas no son sino el ejemplo más obvio de una historia mucho más antigua y compleja del intento de los gobernantes por definir un espacio en su honor y, por ende, inspirar devoción entre sus súbditos al hacer aparecer el ejercicio del poder como inmaculado e incontestable.

Al reflexionar sobre el siglo xx, Innis dudaba que la lucha de los grupos de poder dominantes por controlar el espacio vital de sus súbditos pudiera ser resistida. En su opinión, un medio de comunicación con una parcialidad espacial, como la prensa y las radioemisiones, pese a su promesa de democratizar la información, en realidad lleva en sí nuevas formas de dominación. ¿Tal convicción global de Innis era correcta? ¿Acaso la modernidad, al igual que las épocas anteriores, se distingue por formas dominantes de medios de comunicación que absorben, registran y transforman la información en sistemas de conocimiento acordes con las estructuras institucionales de poder dominantes? ¿Es posible que esta era que se extiende más allá de la radiodifusión de servicio

¹⁸ Harold Innis, “The Problem of Space”, en *The Bias of Communication*, Toronto, University of Toronto Press, 1991, pp. 92-131.

público finalmente muestre poca simpatía por la vida pública? ¿Acaso la visión de una pluralidad democrática de las esferas públicas no es algo más que una errónea utopía? ¿O verá el futuro una diversidad de tendencias contradictorias, influyendo no sólo nuevos modos de dominación, sino también batallas públicas sin precedente para definir y controlar los espacios en los que aparecen los ciudadanos? Tales preguntas apenas si se han formulado actualmente en las disciplinas de la política y las comunicaciones, a la vez que las respuestas tentativas que éstas ofrecen están, por definición, fuera del alcance, o bien son altamente especulativas. Tal vez lo más que podría decirse a la fecha es que la teoría de la vida pública que se aferra dogmáticamente a la visión de una esfera pública unificada, en la que se definen la “opinión pública” y “el interés público”, es una quimera, y que por el bien de la democracia dicha teoría debe ser ahora arrojada al mar.

Recibido y revisado en enero de 1996

Correspondencia: University of Westminster/ Centre for the Study of Democracy/ Faculty of Business, Management and Social Studies/ 70 Great Portland Street/ London WIN 5AL/ fax (071) 911-5164

Bibliografía

- Annan Committee (1977), *Report of the committee on the future of broadcasting*, Londres, HMSO.
- Arendt, Hannah (1960), *Vita activa*, Stuttgart, W. Kohlhammer.
- Blumler, Jay (1985), “Broadcasting finance and programme quality: An international review”, *European Journal of Communication*, vol. 1, núm. 3, pp. 343-364.
- Haberman, Jürgen (1962), *Strukturwandel der Öffentlichkeit: Untersuchungen zu einer kategorie der bürgerlichen Gesellschaft*, Neuwied, Luchterhand. (Edición inglesa: *The structural transformation of the public sphere: An inquiry into a category of bourgeois society*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1989.)
- Jaspers, Karl (1969), *Philosophy is for everyman: A short course in philosophical thinking*, Nueva York, Harcourt, Grace and World.
- Keane, John (1984), *Public life and late capitalism: Toward a socialist theory of democracy*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press.
- _____ (1988), *Democracy and civil society: On the predicaments of European socialism, the prospects for democracy, and the problem of controlling social and political power*, Londres, Verso.

- _____ (1991), *The media and democracy*, Cambridge, Polity Press.
- Negt, Oskar y Alexander Kluge (1972), *Öffentlichkeit und Erfahrung: Zur Organisationsanalyse von bürgerlicher und proletarischer Öffentlichkeit*, Frankfurt and Main, Suhrkamp.
- Nelson, Theodor H. (1987), *Computer lib: dream machines*, Redmond, Wash., Tempus Books.
- Reith, John (1925), Memorandum of information of the scope and conduct of the broadcasting service, Caversham, Gran Bretaña, Archivos escritos de la BBC.
- Tönnies, Ferdinand (1922), *Kritik der öffentlichen Meinung*, Berlín, J. Springer.
- Wittgenstein, Ludwig (1953), *Philosophical investigations*, Oxford, Blackwell.

